



Un viaje imaginario a Chile

El jesuita chileno Manuel Lacunza (1731-1801), expatriado en 1767 debido al decreto de expulsión de los jesuitas, desde Imola, Italia, escribe a su abuela una carta llena de nostalgia sobre su país. Lacunza, conocido por su obra teológica y milenarista, nunca regresará a su patria, porque muere el 17 de junio de 1801. A los 200 años de su muerte, presentamos un extracto de esa carta escrita en 1788*.

Madre y abuela:

Después de haber recibido de usted casi a un mismo tiempo, con diferencia de sólo cuatro días, y celebro infinito de saber que vive y que goza de salud.

Nuestro Señor le ha dado tan larga vida, no solamente para que vea una numerosísima descendencia, sino para que tenga el mérito de llorar a muchos de sus hijos, nietos y bisnietos; y también a todos sus yernos desde mi padre hasta Azúa, cuya muerte solo ahora he sabido después de más de un año que sucedió.

Estos dos pedazos suyos que tiene en Italia, todavía viven gracias a Dios y gozan por lo presente de mediana salud. Yo, que todos los años pasados he padecido varias enfermedades, este año de 1788 y casi la mitad del pasado no he padecido cosa alguna de consideración. Mientras más me voy envejeciendo me voy sintiendo con mejor salud.

Actualmente me siento tan robusto, que me hallo capaz de hacer un viaje a Chile por el Cabo de Hornos. Y pues nadie me lo impide, ni me cuesta nada, quiero hacerlo con toda mi comodidad. En cinco meses de un viaje felicísimo llego a Valparaíso, y habiéndome hartado de pejerreyes y jaibas, de erizos y de locos, doy un galope a Santiago: hallo viva a mi venerable abuela; le beso la mano, la abrazo; lloro con ella, abrazo a todos los míos, entre los cuales veo muchos y muchas que no conocía, busco entre tanta muchedumbre a mi madre y no la hallo, busco a Madalena y no la hallo, busco a Diego, a Domingo, a Solarcasas, a Varela, a mi compadre don Nicolás, a Azúa, a Pedrito y a mi ahijada la Pilar, etcétera, y no los hallo. Entro a la cocina y registro toda la casa buscando a los criados y criadas antiguas, y no hallo sino a la Paula y a la Mercedes. Pregúntole a ésta dónde está su señora y a la Paula dónde está su amo Manuel Díaz, y dónde está mi mulato Pancho; y no respondo sino con sus lágrimas, y yo las acompaño llorando a gritos sin poder ya contenerme más.

No obstante, por no perderlo todo, vuelvo a la cuadra que hallo llena de gente, procuro divertirme y alegrarme con todos; les cuento mil cosas de por acá, téngolos embobados con mis cuentos; cuando no hallo más que contar miento a mi gusto; entre tanto les como sus pollos, su charquicán y sus cajitas de dulce y también los bizcochuelos y ollitas de Claras y de Rositas. Y habiendo llenado bien

mi barriga para otros veinte años, me vuelvo a mi destierro por el mismo camino y con la misma facilidad. Mas antes de embarcarme en Valparaíso, despierto y me hallo en mi cama.

Con este viaje alegre y triste correspondo fielmente a los sueños que usted me dice que tiene muchas veces buscando a sus nietos allí enfrente, hablando con ellos, regalándoles con todo cuanto halla en casa, etcétera, y también correspondo a los sueños de la Rosita y a sus pinturas y a sus buenos deseos. Espero en la bondad de Nuestro Señor que todos nos veremos algún día, y nos alegraremos en verdad y nos reiremos a nuestro gusto de todo cuanto hemos visto y sufrido en este valle de lágrimas, y también nos reiremos de nosotros mismos y de nuestro modo de pensar. Dios es muy grande, y nosotros la misma pequeñez.

Por acá todo está quieto respecto de nosotros. Todos nos miran como un árbol perfectamente seco e incapaz de revivir o como un cuerpo muerto y sepultado en el olvido; casi todas las Cortes nos son contrarias, unas por un motivo, otras por otro y otras por ninguno. Entre tanto, nos vamos acabando. De 352 que salimos de Chile, apenas queda la mitad, y de éstos los más están enfermos, o mancones que apenas pueden servir para caballos yerbateros. (...)

Yo saludo de nuevo a toda la familia uno por uno; y digo de nuevo porque los acabo de saludar a todos y todas en mi viaje imaginario. Especialmente me encomiendo a mi santo tío fray Manuel; a mi venerable tía doña Manuela con toda su numerosísima familia; a mi tía y comadre doña María (cuyos trabajos los siento en el alma y ruego a Nuestro Señor que la consuele como sabe y puede); a mi tía y comadre Francisca de Regis, a la Antuca, a Clara, a Rosita (a mi sacristana la Mercedes no, porque le escribo cuatro letras); a Puente, a Piache, a Ignacio, a Gregorio Varela, etcétera.

Nuestro Señor le guarde algunos años más. Su hijo y nieto que la ama,

Manuel Lacunza

* El texto fue publicado recientemente en Chile: *Cartas con historia*, Editorial Los Andes, junio de 1998, 235 pp.

1500
Nueva: julio 2007

Santiago

643065

57 313

Un viaje imaginario a Chile [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un viaje imaginario a Chile [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile